

INTRODUCCIÓN

Participar en la vida de Dios, Trinidad de Amor, es alegría completa (cf. 1 Jn 1,4). Y comunicar la alegría que se produce en el encuentro con la Persona de Cristo, Palabra de Dios presente en medio de nosotros, es un don y una tarea imprescindible para la Iglesia.

(BENEDICTO XVI,
Exhort. Ap. postisinal *Verbum Domini*, 2)

«Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15). Estas palabras de Jesús al inicio de su vida pública constituyen la formulación más sintética y representativa de la vida cristiana. En ellas se expresa la libre respuesta que Dios espera del hombre ante el don salvador que le ofrece gratuitamente. La importancia de esta exhortación en la conciencia cristiana viene confirmada por su presencia constante en la vida de la Iglesia ya desde sus más remotos orígenes, como lo ponen de manifiesto los Hechos de los Apóstoles o los escritos de san Pablo. Los apóstoles de Jesús predicán en público y en privado, tanto a judíos como a griegos, para que se conviertan a Dios y crean en Jesucristo (cf. Hch 20, 20-21). Ahí está lo esencial de su misión.

Pero ¿qué es la conversión? ¿Qué implica esta palabra central del Nuevo Testamento? La conversión neotestamentaria reúne aspectos de varios términos bíblicos que expresan diferentes significados: inversión de dirección, retorno, comienzo de una nueva ruta, cambio de mentalidad, arrepentimiento, penitencia... En una palabra, la conversión significa un cambio efectivo en la manera de pensar, una nueva visión de la realidad. Se trata de abandonar una visión anclada en lo material y visible para adoptar otra perspectiva cimentada sólo en Dios. Convertirse significa aceptar que «la realidad de las realida-

des es Dios»¹. El converso ha hecho de Dios el criterio de todos sus pensamientos, palabras y acciones.

En sentido religioso la palabra *conversión* expresa una realidad rica y múltiple que indica un movimiento espiritual del hombre hacia Dios. Este dinamismo puede adquirir diversas modalidades: el paso de la increencia a la fe, la adhesión a una nueva forma religiosa, el retorno a una religión que se había abandonado por rechazo o indiferencia, el itinerario de reconciliación con Dios recorrido por el pecador arrepentido, la reincorporación a la vida eclesial y comunitaria, o incluso la entrada en el estado religioso. En el lenguaje común se suele emplear también ese término para referirse a la incorporación a la Iglesia Católica de un bautizado en otra Iglesia o Comunidad cristiana, aunque ese uso no es teológicamente preciso ni acertado.

Refiriéndonos más concretamente a la teología católica, la conversión aparece también como un concepto denso y poliédrico. Su carácter evocador le ha dotado de un cierto prestigio durante siglos, al sugerir algunas realidades fundamentales de la fe cristiana (gracia, salvación, misericordia, alianza, pecado, arrepentimiento, perdón, etc.). La idea de conversión atraviesa toda la historia de la salvación de manera que, junto a todas esas categorías teológicas centrales con las que está estrechamente ligada, contribuye de forma decisiva a describir la dinámica de relaciones entre Dios y el hombre establecidas con la revelación divina. Al mismo tiempo, la reflexión sobre el fenómeno de la conversión ha venido favorecida por la vida de grandes personajes que –como Pablo de Tarso o Agustín de Hipona– dejaron huella en la historia de la Iglesia tras su memorable encuentro con Jesucristo. No hay que olvidar que más que *conversiones* existen *conversos*, personas de carne y hueso que –tocadas por la gracia divina y en el seno de la comunidad eclesial– cambian su visión de la realidad y optan por Dios como «realidad de las realidades». Por eso sus testimonios han tenido siempre y siguen teniendo hoy una gran fuerza persuasiva, capaz de mover a otros a convertirse y creer en el Evangelio.

La historia de la Teología contiene notables reflexiones sobre el tema de la conversión cristiana. Dalmacio Mongillo ha distinguido cuatro esquemas o contextos de comprensión, cada uno de los cuales pone en relación la conversión con otra noción cristiana fundamen-

1. BENEDICTO XVI, *Encuentro con los párrocos y sacerdotes de la Diócesis de Roma* (10.03.2011).

tal². El primer esquema se habría desarrollado fundamentalmente en los primeros siglos del cristianismo, y estaría caracterizado por el binomio *conversión-fe*. Ambas categorías se reclaman mutuamente, tanto desde el momento del bautismo, como en el posterior desarrollo de la vida del discípulo de Cristo. En el segundo esquema el acento recaería en la relación *conversión-justificación*, donde este último concepto de inspiración paulina cobraría un gran peso teológico. El principal ámbito de desarrollo de este modelo fue la teología latina medieval (cf. S. Tomás de Aquino, *S. Th*, I-II, 113) y, sobre todo, el Concilio de Trento (ses. VI, sobre todo cann. 5 y 6). Un tercer contexto de reflexión sobre la conversión también habría tenido su momento culminante en torno al Concilio tridentino, pero centrándose esta vez en la dimensión moral de la conversión a través del binomio *pecado-arrepentimiento* y, más concretamente, en el sacramento de la penitencia como medio de retorno a Dios y de reconstrucción de la vida cristiana. La conversión es entendida como el momento fundante de la actividad moral de cada fiel y de toda la comunidad cristiana. Finalmente, el cuarto esquema considera la conversión como sinónimo de vida de los convertidos. El gran reto de superar el divorcio entre la fe profesada y la vida diaria, ha sido destacado por el último Concilio como una de las principales tareas de la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo (cf. GS 43).

¿Qué decir sobre la relación entre conversión y misión evangelizadora de la Iglesia? Es sabido que hasta épocas recientes la llamada a la conversión se ha circunscrito, en líneas generales, a los no-católicos –cristianos o paganos– y a los católicos alejados de la Iglesia. De este modo, el uso de la noción de conversión ha estado bastante restringido al fenómeno de la incorporación a la Iglesia, de manera que la teología de la conversión se ha concentrado en su vertiente apologética, perdiendo así otros aspectos sustanciales.

La renovación teológica del siglo XX ha facilitado un cambio de perspectivas. Al acentuarse algunas verdades primordiales –como son, por ejemplo, una valoración más positiva sobre la situación salvífica de los no-cristianos, o la condición eclesial de los bautizados no-católicos–, la teología ha recuperado la importancia de la conversión como dimensión fundamental y permanente de la vida cristiana, dejando a un lado antiguos planteamientos más polémicos o rígidos.

2. Cf. D. MONGILLO, *Conversione permanente e ascesi. Riscoperta e rivalutazione del termine*, en T. GOFFI (ed.), *Problemi e prospettive di teologia morale*, Queriniana, Brescia 1976, 229-233.

Pero al mismo tiempo que debe reconocerse ese logro, hay que señalar también la generalización de un cierto temor al uso de la categoría conversión en el ámbito de la eclesiología y de la teología de la misión. ¿Por qué el actual contexto socio-cultural no acoge favorablemente la idea de conversión? ¿Por qué esa confusión creciente que induce a muchos a dejar inoperante el mandato misionero de Jesús? El problema no es sólo que algunos sospechen de la rectitud de intención de la actividad misionera, viendo en ella intereses inconfesados. Las dificultades vienen a veces de los planteamientos relativistas de las corrientes del «pluralismo religioso». En otras ocasiones, el rechazo proviene más bien de una antropología basada en una idea errónea de libertad, para la cual la exhortación a la conversión sería un atentado a la libertad personal, una intromisión indebida en el ámbito de la propia conciencia o de la vida personal; en definitiva, la conversión es vista como una realidad extraña y violenta al mismo hombre.

Todo lo anterior justifica el interés de una reflexión permanente y viva sobre la conversión cristiana como concepto teológico fundamental. Al ser la conversión una noción teológica, su estudio atañe a diferentes áreas de reflexión: desde la teología bíblica hasta la teología moral, pasando por la teología fundamental, la teología litúrgico-sacramental o la teología histórica. Al mismo tiempo, la complejidad de factores y dimensiones de diversa índole que intervienen en el fenómeno de la conversión exige adoptar una perspectiva interdisciplinar si se desea obtener resultados profundos y fiables. Por ello, conviene relacionar los datos de la teología con los obtenidos desde la filosofía (antropología, filosofía de la religión, teodicea, etc.), las ciencias humanas (psicología, sociología, historia, etc.), sin olvidar los interesantes resultados que en la actualidad ofrecen también en este sentido algunas ciencias experimentales, como las neurociencias.

La presente monografía nace con el deseo de aportar algunos materiales para la elaboración de una teología de la conversión cristiana. El volumen agrupa un conjunto de estudios sobre la conversión en perspectiva predominantemente teológica. Aunque todos ellos tienen como tema común la conversión, el lector advertirá una diversidad de estilos, pues cada uno posee su propia historia y su particular metodología. Algunos han sido publicados con anterioridad³; otros ven ahora la luz por primera vez. Si bien pueden ser leídos de manera independiente, he procurado ordenarlos de tal modo que —con las

3. Vid. al final del volumen: «Publicaciones del autor sobre la conversión».

adaptaciones oportunas, más o menos profundas según los casos— todo el conjunto constituya una unidad armónica.

Los tres primeros capítulos analizan algunos aspectos bíblicos de la conversión: el primero estudia diacrónicamente los principales datos veterotestamentarios, extrayendo algunas constantes teológicas básicas; el segundo capítulo adopta, más bien, una perspectiva sincrónica centrada en el examen de la naturaleza de la *metánoia* cristiana, a partir de la llamada que hace Jesús a la conversión y a la fe (Mc 1,15), y de la relación entre conversión y bautismo; el tercer capítulo complementa los anteriores con la perspectiva paulina.

A partir de este marco bíblico, los tres capítulos siguientes examinan cuestiones más particulares. Primeramente, se analizan y comparan las ideas de conversión en el Mundo Antiguo y en el cristianismo, dando así razón —a partir de la originalidad y la fuerza atractiva de la conversión cristiana— de la novedad religiosa y cultural que supuso el nacimiento del cristianismo (capítulo cuarto); se hace después un bosquejo de los problemas y las perspectivas sobre la conversión en el panorama teológico contemporáneo (capítulo quinto); y se explora finalmente el tema de la conversión en el contexto del anuncio cristiano, tanto en relación al testigo que anuncia la Palabra como a las actitudes necesarias en el receptor para que esa Palabra sea en él viva y eficaz, todo ello en la perspectiva de una propuesta teológico-fundamental desde la conversión cristiana (capítulo sexto).

Por último, el capítulo séptimo recoge un conjunto de consideraciones en torno a la conversión y la evangelización en las circunstancias actuales. Junto a reflexiones teológico-fundamentales sobre el itinerario hacia la fe cristiana, se presentan también otras ideas y sugerencias de orden más teológico-pastoral en relación a los retos actuales de la evangelización de la Iglesia.

Deseo que este trabajo ayude en alguna medida a comprender mejor la exhortación de Jesús —«convertíos y creed en el Evangelio»— que continúa hoy resonando, de un modo o de otro, en lo más hondo del corazón humano, y que está llamada también a encontrar un eco amable y penetrante en las calles de nuestras ciudades y en los pueblos de toda raza y cultura.

Juan Alonso García

1 de mayo de 2011